

Doce y medio

Héctor Manjarrez

Dominado por las dudas, un chico de doce años y medio entra a una iglesia y se acerca al confesionario. Ahí narra al sacerdote un episodio ocurrido en casa de su abuela, y que involucra a una mujer casada, un perro y... el Diablo. El autor de Ya casi no tengo rostro, uno de nuestros más solventes y emotivos autores de ficción breve, entrega una hilarante fábula sobre la pérdida de la inocencia.

Para José Agustín

La fuerza de la naturaleza es ígnea, como el centro de la Tierra. La sexualidad es honda, ineluctable, eléctrica, misteriosa, sagrada, sensual, enloquecedora, incomparable, peligrosa. ¿Por qué no se hablaba más de ella?, se preguntaba él. ¿Por qué no se decía *nada* de ella? El maldito pito se le ponía casi al rojo vivo con motivo o sin motivo. ¿Era eso normal?

Desde luego, no se atrevía a preguntarle a nadie. ¡Nadie hablaba de su pito con sinceridad! Los muchachos de la secundaria faroleaban que sus papás los habían llevado o los llevarían de putas, o del acoso nocturno a las habitaciones de las domésticas, pero él ya no les creía gran cosa. Muchos ni siquiera tenían servidumbre, o eran ellos mismos hijos de choferes, jardineros, cocineras. Pero —igual que los adultos— todos aparentaban saber sobre lo que no sabían nada o menos que nada. El de los hombres era el mundo de la patraña y la fanfarroñada, la ignorancia y la jactancia.

Nadie explicaba el deseo sabroso, furioso, doloroso. Nadie aludía a la contradicción entre el antojo de violencia y el anhelo de ternura. Entre la vulgaridad y el lirismo; la procacidad y la poesía. Entre el rechazo y la admiración por las mujeres. Entre el temor y el an-

sia. Algunos leían *Dafnis y Cloe*, pero no entendían mucho.

Como si fueran anécdotas atestiguadas, circulaban narraciones fantásticas sobre hembras legendarias que sin embargo vivían entre nosotros, apenas ocultas en la multitud de la gran ciudad: las ninfómanas, las sirenas de piscina, las odaliscas de *penthouse*, las secretarías tan leales como sensuales. También las pelirrojas y las de pubis verdaderamente rubio y las completamente afeitadas. Las actrices y las modelos y las románticas apasionadas. Las caballistas y las acróbatas, de dotes excepcionales; las doctoras expertas y las vírgenes locas. Las lesbianas en el fondo bisexuales y con ganas de *ménage à trois*, como se decía, en francés. Desde luego, las francesas y algunas gringas y muchas suecas. Las putas finas, las putas baratas y las pobres putas de ocasión que necesitaban para el autobús a Comitán o Aguascalientes. Sin hablar de las viudas incontroladas, las tías solteras, las vecinas frustradas, las tías casadas e insatisfechas, las hermanas de los amigos, las mamás de los amigos, las hermanas y la mamá de uno...

El de los hombres era un mundo estúpido y enloquecedor, o simplemente muy difícil.



Además, los que estudiaban o habían estudiado en ciertas escuelas católicas contaban que los hermanos seculares les azotaban las nalgas desnudas con varas especialmente manufacturadas en castigo por tocarse, por pensar en tocarse o por oír hablar a otros de tocarse a sí mismos. Les exigían que contaran con todo detalle lo que habían cometido (o pensado cometer), y los flagelaban con lo que parecía una mezcla de goce y de saña, de goce y de saña.

A algunos les daba pena que sus despreciables pecados obligaran a los hermanos seculares a esos castigos que los hacían jadear y perder los estribos. (El catolicismo es una religión muy extraña).

Una tarde que caminaba por el Paseo de la Reforma sin motivo para estar allí y no en otra parte, él se atrevió a entrar en una iglesia de la calle de Praga. Quería plantear algunas preguntas a alguien que tuviera respuestas y que no fuera ni familiar ni amigo; ni conocido siquiera. Supuso que tal vez un sacerdote podría ser un experto paradójico: un conocedor de lo que no conocía, un teórico inteligente o por lo menos articulado sobre el tema.

Por casualidad, una mujer guapa estaba abandonando el confesionario y él tomó su lugar de hinojos, oliscó el aroma que quedaba de ella, se acordó de que alguien afirmaba que las mujeres usaban perfume porque la panochita les olía a pescado, y dijo:

Padre, creo que he pecado.

¿Lo crees? ¿No lo sabes de cierto?

No, padre.

¿Nunca antes te has confesado, hijo?

Sí. Hace mucho, cuando era chico.

¿Y por qué crees que has pecado?

Porque es algo que no sé qué es.

¿Tiene que ver con tu cuerpo?

Sí, con el cuerpo. Aunque también con la mente, porque ella estaba de acuerdo con mi cuerpo, padre.

¿En tus partes privadas? ¿Debajo del cinturón?

Esas mismas.

¿Mirando una revista de esas que...?

¡No, no me gustan esas revistas! Me dan miedo.

¿Entonces?

Estaba mirando a una mujer casi desnuda.

¿Estabas mirando a una mujer de carne y hueso, nada menos! ¿Era una mujer de la calle?

¿Eh?

¿Una prosti?

No, señor cura, ¿cómo cree?, dijo el chamaco. Era una señora casada.

¿Cómo pudo ser tal cosa?

En casa de mi abuelita.

¿De tu *abuela*!

Sí, padre. La mamá de mi mamá.

Ella, esta mujer casada... ¿se te ofreció, por así decir?

¿Ofreció?

Lo que quiero saber es si hizo algo para incitarte.

¿Incitarme?

¡Excitarte, vamos!

No, no lo hizo. Para nada... Por lo menos no al principio, porque ella no sabía que yo la miraba. Yo la miraba sin que ella supiera.

¿Quieres decir que la estabas espiando, hijo? ¿Cómo, por la cerradura?

No, en absoluto. Yo nunca espío a nadie (mintió sin sentir que mentía). Yo estaba con Bruce en la cama de mi abue.

¿Con Bruce, nada menos! ¿Es otro muchacho?

No, no. Es un perro policía ya un poco viejo.

Ah.

Lo que pasa es que de repente se me empezó a poner duro... muy duro y muy grande, más duro y más grande que nunca, el...

El deste.

Sí, el deste, padre. Yo estaba recostado con Bruce, o más bien sobre el hombro izquierdo de Bruce, y el deste se me ponía, como le digo, cada vez más grande y más duro.

Ahórrame los detalles. ¿Y esto te pasaba por estar recostado en el perro?

No creo, padre. Yo pienso que fue más bien por estar leyendo una novela de Jardiel Poncela. A mí me gusta mucho leer.

¿Y quién es ese tal Jardiel?

Un escritor muy divertido, el más divertido que yo conozca.

¿Por eso lo lees, porque es divertido? ¿Tú no crees que hay cosas más sensatas y útiles en la vida que divertirse?

Pues sí, pero Jardiel es genial. Sus personajes viajan por todo el mundo en coche y en barco y en avión y en tren teniendo aventuras con leones y ladrones internacionales y agentes de gobierno y mujeres guapísimas... Por cierto que es español, como usted.

¿Y dónde consigues esos libros tan divertidos? ¿En las librerías católicas?

No, en casa de mis abues. Son de mi abuelito.

Conque eso lee tu abuelo, vive Dios.

Yo creo que los leía antes, porque sus libros están todos polvosos y yo sólo lo veo leer *La Afición*.

¿Y qué más me cuentas de esos libros españoles que encuentras tan jocosos?

Hay un episodio en *Te espero en Siberia vida mía*—el libro que yo estaba leyendo— donde una mujer joven y muy bonita le ofrece veinte veces los pechos para que se los bese.

Veinte veces, nada menos. ¿Y se los besa?

¡Veinte veces, cada uno! Unos pechos, dice el narrador, preciosos. Como perlas de nácar, como azucenas, como la arena de una playa del Caribe. Lo dice como poesía, muy bonito.

Como poesía. Uno aprende todos los días. ¿Y te estabas tocando?

Al principio no, en absoluto, para nada, lo juro. Por eso creo que al principio *no podía* ser pecado.

No podía ser pecado.

No, porque el pájaro me crecía solito. Me crecía, me crecía y me crecía y yo estaba súper caliente sin sudar y sin que mi mente pudiera impedirlo.

Tu mente no podía impedirlo.

No, padre. ¿Cómo...? ¿Era pecado lo que me sucedía...? Y si sí, ¿por qué? ¿Qué es el pecado, padre?

¡Claro que era pecado, criatura! ¡Estabas leyendo un libro lúbrico, sucio y además seguramente prohibido!

¡Pero no me tocaba! Y el libro era muy chistoso y poético, se lo juro.

Deja de jurar.

Está bien, padre.

¿De veras no te tocabas? Dime la verdad. Sin jurar.

Me moría de ganas de tocarme o de que Bruce me tocara o algo, pero me daba miedo.

¿De qué te daba miedo?

¡No sé!

¿De qué *crees* que te daba miedo?

No lo sé. ¿Quizá de morirme? O de que Dios y los adultos se enojaran.

¿Se enojaran de qué, hijo?

¿Cómo voy a saberlo? ¡Muchas veces uno no sabe ni de qué se enojan!

Los dos guardaron silencio.

Oyeron los tacones de una mujer que se alejaba hacia la salida. Afuera gritaban los cláxones furiosos de cuatro o cinco automóviles. La iglesia estaba fresca y apacible.

Y la mujer casada, ¿qué hacía?, preguntó el confesor suavemente.

Cuando la vi, me estaba mirando a los ojos.

¡Te estaba mirando!

Sí. Aunque parezca extraño, de repente me di cuenta de que esta mujer, esta adulta de ojos oscuros como capulines, me estaba mirando y me sonreía desde que empecé a tocarme.

¿O sea que te empezó a mirar desde que comenzaste a toquetearte?

Sí... porque cambié un poco de posición y nuestros ojos se encontraron.

Porque empezaste a tocarte.

Y por casualidad. Yo ni siquiera me acordaba de que esa mujer estaba ahí con mi abue, yo no me fijo en general en los adultos, ya no soy un niño.

Lo entiendo.

Y si quiere saberlo, una vez que empecé a toquetearme, como usted lo llama, ya no dejé de hacerlo, creo... Aunque no me tocaba todo el tiempo, ni me tocaba directamente, piel con piel.

¿Por qué me cuentas estos detalles?

Porque me imagino que son importantes para usted.



Para Dios son importantes. ¿Tú crees que pecas menos si te tocas a través del pantalón?

¿Qué, no?

¡Claro que no, ignorante! El pecado es el pecado. Yo creía que había pecados peores que otros pecados.

Sí, los hay. Pero no hay pecados *mejores* que otros pecados.

¿Qué extraño!

¡No tiene nada de extraño!... Sigue con tu historia. No me tocaba con la mano, como ya le dije.

¿Porque te dabas cuenta de que pecarías más aún?

No. Porque mi abuelita podía entrar en cualquier momento en su cuarto.

Pues ¿dónde estaba tu abuela, sinvergüenza?

Estaba en otro cuarto, precisamente junto con la mujer en pantaletas y brasier que me estaba mirando.

¡En bragas y sujetador!

Así es, padrecito.

¿Y cómo podía ser eso?

Mi abue renta cuartos.

Renta cuartos.

Bueno, *un* cuarto.

A caballeros, supongo.

Ni tan caballeros, a veces.

Y la señora con pocas prendas, ¿trabaja allí para tu abuela?

No, señor cura. La señora que me miraba, y a la que yo miraba también, se estaba probando blusas, faldas, vestidos y trajes sastre... ropa de la que también vende mi abue.

Entonces, ¿cómo podía mirarte y hasta saber que te estabas toqueteando, si estaba en otra habitación?

Al principio, yo creo que fue como telepatía de su parte...

Telepatía... ¡No te hagas el chistosito, que estamos hablando de cosas serias!

¿Usted no cree en la telepatía?

Vuelve a tu historia, criatura de Dios.

No lo estoy carneando, padre. Los ojos le brillaban, a la mujer medio desvestida, y comenzamos a mirarnos a través del espejo de cuerpo entero de su cuarto y el espejo de cuerpo entero del cuarto de mi abuelita. Fascinado, yo la miraba desvestirse y vestirse y a ratos mirarme de ladito, y ella me miraba mirarla mientras yo me tocaba con la derecha.

Con la derecha por fuera.

Sí.

¿Y qué hacías con la izquierda, rapaz?

Con la izquierda acariciaba a Bruce a ratos.

¿Acariciabas a Bruce! ¿Y qué hacía él?

Resoplaba un poco, siempre al mismo ritmo: kaj-kaj-kaj-kaj. Ya ve que ellos se airean por la lengua. Y yo como que acabé siguiendo su ritmo.

¿No sería al revés?

Pues no sé. A lo mejor.

Bueno, dejemos al perro: ¿y la mujer, qué?

Se veía, no sé cómo decirlo, preciosa, monísima. Como esas mujeres de las películas mudas, padre, de Chaplin y los Keystone Cops.

Monísima. ¿No era *sexy*, como ahora dice la gente vulgar?

Mmh.

¿Sí o no?

Pues era mona, como le digo, pero la verdad es que también levantaba o enseñaba un poco los pechos, un poco la cadera, o también me sacaba la lengüita... Y yo no sabía qué hacer, excepto tocarme con mucho cuidado.

No digas *pechos*, di busto.

Está bien. Puedo decir *senos*, como algunos poetas.

Di busto.

De acuerdo.

¿Y tú crees que lo hacía adrede, para provocarte? Piénsalo bien antes de contestarme.

Sí, sí lo creo.

Te dije que lo pensaras.

No necesito pensarlo, estoy seguro.

¿No estarías imaginando cosas? Es posible que tu abuela y esa señora estuvieran hablando de cómo le quedaba la ropa en el busto o la cadera, o de algún chocolate blanco muy sabroso, pongamos por caso, y que por

eso sacara la lengua... Los hombres a menudo son muy fantasiosos. Ven señales de la mujer donde sólo hay juventud, alegría, lozanía...

Yo mismo me preguntaba en esos momentos si no era mi imaginación la que me arrastraba, por así decir.

Bien dicho.

Pero ella hablaba de una cierta manera. “¿No le parece que me ajusta y resalta *el busto*? ¿Usted cree que me destaque bien *la cadera*?”. Parecía que sólo hablaba con mi abuelita, pero yo *sabía* que no.

Ya te lo dije: los hombres creen lo que quieren creer. Nunca lo olvides.

No, padre.

Y supongo que ya no leías el libro.

Sí, claro que lo leía, porque no estaban siempre enfrente del espejo.

Y leías las aventuras con los leones y los espías, o lo que fueran.

No. Sólo donde el protagonista besaba los pechos divinos veinte veces.

Divino es un atributo de Dios.

No para Jardiel, que!

Que es un blasfemo y un bromista. Dime, ¿tu abuela no se daba cuenta de nada?

De nada, señor cura. Siempre ha sido distraidísima. Además, sólo en un ángulo en particular me podía ver la mujer a mí y yo a ella, de espejo a espejo.

La cosa no era fácil. Tenían que esforzarse.

Sí. Un poquito.

¿Y por qué no te levantaste y te marchaste? ¿Por qué no te dio vergüenza lo que hacías, pobre inocente, y sobre todo lo que te hacía esa mujer?

Mmh.

Mmh ¿qué?

Me extraña que no lo sepa usted, señor cura.

No me digas *señor cura*. Es anticuado.

De acuerdo. Me extraña que no lo sepa usted, señor... Sus ojos y sus pechos y sus muslos me atrapaban la mirada. Me sacaba la lengua de su boquita. Me decía cosas mudas con los labios.

¿Qué cosas?

No lo sé. No podía entenderle. Yo no voy a entender a los adultos hasta que no sea adulto, de eso hace tiempo que me di cuenta.

Claro. Tienes razón. Y ¿te imaginabas algo?

Sí. Yo quería creer que me hablaba de lugares donde yo debía besarla o chuparla o algo.

Nada menos.

No sé si es lo que ella quería, señor cura. Es lo que yo quería imaginarme.

Vaya pues. ¿Y cuánto tiempo ha durado esta charada licenciosa?

Bastante, padre. Se probó nueve o diez prendas despacito. Se iba y regresaba y me miraba y volvía a irse.



© Mark Rios

Bruce ya ni se movía, nada más hacía kaaj-kaaj-kaaj y se le salía una tripita roja de su deste.

¡Vaya por Dios, un perro pecando y una abuela distraída! ¿Y tú qué hacías, monstruo inocente?

Yo sentía una especie de felicidad que nunca había sentido, padre. Llegué a sentir o a pensar que el corazón me iba a estallar de gusto y que me iba a morir allí mismo, en la cama de mi abuelita, del corazón, lo cual por otro lado me asustaba mucho por mi abue y toda mi familia.

Vuelvo a preguntarte: ¿por qué no te levantaste y te marchaste, para ya no seguir pecando?

Pues porque era la primera adulta que veía en calzonnes y chichero.

¡Eres un salvaje y un obtuso!

¿Le parece?

Sí, eso creo. Ahora dime qué más pasó.

Seguimos así un rato. Ella cambiándose de ropa y sonriéndome, yo...

¿Cuánto tiempo?

No sé. Todavía no uso reloj. Creo que no mucho. En un momento dado, de repente, sentí que ya no podía más y me levanté de la cama y me fui corriendo al baño.

¿Y?

Cerré la puerta con el pasador y me bajé los pantalones y los calzoncillos y antes de siquiera tocarme tan-

tito, me estalló el deste en no sé cuántos disparos y una crema o espuma o pus blanca salía de mí a borbotones, en todas direcciones, como metralla de un cañón rodando por la cubierta y como que me desmayé... creo que con un gritote.

¡Tirando tu esencia!

Más bien regándola como manguera suelta, padre. Era la primera vez que me venía. Y cuando volví en mí, no sabía cuánto tiempo había pasado pero tenía un muslo pegado al otro por este engrudo o pegamento mío, y me dolía el cráneo del golpazo contra la pared al privarme... ¡No quería abrir los ojos! Me asusté muchísimo... Estaba convencido de que me iba a morir de una enfermedad extraña, o tal vez por culpa del pecado.

¿Te dabas cuenta, al fin, de que habías ofendido a Dios?

No, señor cura... perdón: no, padre. Pensaba en mis abuelitos y en que no se fueran a enojar conmigo, o apenarse por mi enfermedad. Por todas partes había pegostes de mis mecos... en el bidet... en la cortina azul con pescaditos de la regadera... en las paredes, en el piso, en la taza, en el lavabo y hasta en el espejo... en mis muslos y en mis manos y hasta en mi oreja izquierda, y yo limpia y limpia con papel higiénico... ¿Me iba a morir? ¿Me tenía que morir? Había estallado como calamar y ahora mi tinta blanca se estaba convirtiendo en polvo, ¿polvo eres y en polvo te convertirás?... ¿Es una enfermedad?

Es el Diablo.

¿El Diablo?

Es el Mal que se apodera de ti, tal como lo has descrito. Tienes que luchar contra él. Tu infancia terminó, tu conciencia debe ser fuerte. Tú vas a poder, se ve que eres listo.

Pero, padre, ¿cómo voy a luchar si se me mete entre las piernas cuando estoy dormido? ¿Si se me para el deste cuando veo pasar a una muchacha en silueta a la distancia? ¿Si se me remueven las entrañas cuando la muchacha de la panadería me roza la mano al entregarme la bolsa del pan?

Después te diré cómo puedes luchar contra el Maligno. Primero dime cómo acabó tu historia.

Bueno, pues mi pájaro ya estaba tranquilo. Es la única parte del cuerpo, aparte de la mente, que actúa por sí misma, ¿verdad?

Dime qué pasó después.

Bueno, yo por todas partes encontraba polvo blanco y hasta engrudo y me puse como loco de miedo porque mi abuelita me pedía que le dejara el baño a la señora del brasier blanco medio transparente, la señora De la Fuente.

Así se llamaba esa pecadora.

Sí, padre, aunque, perdonando la expresión, el de la fuente era yo.

¡Eres un idiota! ¿Y qué has hecho?

Fingí que me dolía mucho el estómago (que en realidad ya me dolía) y que estaba en el escusado con diarrea y entonces ya no oí las voces de mi abue y la señora porque se fueron al baño de mi abuelito. Y se me ocurrió usar el bidet para lavarme las partes nobles de mi tinta blanca.

¡De nobles no tienen nada! ¡Son la fuente misma de la suciedad, el excremento, la orina, el deseo!

Pues en Educación Física las llaman partes nobles, padre.

¡Innobles son!

Como usted diga.

¿Qué más? Aún no termina esta vergonzosa historia, ¿verdad?

No, señor cura.

Ya te dije que no me llames así.

Usted disculpe. Estaba yo sentado en el bidet, echándome el borbotón de agua en mi deste —que por cierto me dolía— cuando oía la voz de la mujer esa que me susurraba.

¡La De la Fuente! ¡Qué mujer malvada! ¿Qué te decía?

“Ábreme, tu abuelita está abajo en la cocina, yo te puedo ayudar”.

¡Qué desfachatez! Y le abriste, claro.

Como estaba yo muy asustado y la puerta está junto al bidet, le abrí.

¡Descarado! ¿Y qué pasó? ¡Menos mal que aún estás vivo!

Me dio un besito en la frente, me dijo que yo era un amor de niño y que me quitara ya esa cara de pánico, porque no me iba a pasar *nada*. Luego me limpió con la esponja, allí sentado en el bidet, y me secó el pájaro y los muslos con la toalla...

¿Y no te lo despertó de nuevo?

Sí, pero me subió el pantalón y los calzones bien rápido, me cerró la bragueta y el cinturón y me dijo: “Fue tu primera vez, ¿verdad? No te preocupes de nada, de veras. Todo está bien. Lo que te pasó es *normal*”. Y me echó fuera del baño.

¿Y qué hiciste? ¿Siquiera pensaste en Dios?

Me fui a acostar con Bruce, que estaba dormido, y a espiar a la señora De la Fuente.

De la cual ahora estás locamente enamorado, seguro, porque así es el animal masculino.

No.

¿Era guapa?

Sus ojos y sus pechos me parecían muy bonitos.

¿Por fin ha acabado esta historia?

Casi. Me debo haber quedado dormido de inmediato, porque lo siguiente que recuerdo fue que mi abue me gritaba para que bajara a despedirme, y bajamos Bruce y yo y la señora De la Fuente estaba con un dulce

de los que llaman trompada en la mano y me lo metió en la boca mientras le decía a mi abuelita: “A ver cuándo me presta a su nietecito para que juegue con mis hijos. Es una verdadera monada”.

¿Y la has vuelto a ver?

No. Se desapareció sin pagarle a mi agüe.

Ambos guardaron silencio. No había nadie más en la iglesia, salvo una paloma que aleteaba cerca del techo.

¿Cuántos años tienes, desvergonzado?

Doce y medio.

Vas a rezar diez avemarías y diez padrenuestros, con contrición sincera.

Está bien.

Y no es todo. Vas a venir una vez a la semana a las reuniones de orientación para adolescentes; a la entrada están los horarios, escoge el que te convenga. Es gratuito y podrás hablar con otros muchachos y un sacerdote joven sobre los muchos peligros para el alma y el cuerpo de los jóvenes.

Sí, padre.

¿Vas a venir?

Sip.

Recuerda: estás en peligro, pero eres un chico inteligente y puedes salvarte. Aunque se siente extraño, salir de la infancia también es algo muy bonito. Anda, ve con Dios y por el mundo.

La señora De la Fuente me dijo algo muy extraño, padre.

¿Qué te dijo esa bruja?

Que yo tenía una misión.

¿Eso te dijo? ¿Que tienes una misión en la vida?

Sí, padre.

¿No te habrá dicho que habías tenido una *emisión*?

No, no. Me dijo que yo tenía una misión.

Pues no le hagas caso. Esa mujer es una diablo y una ladrona y además una mentirosa. ¿Qué misión podrías tener? ¿Ir a Marte? ¿Catequizar a los indonesios? ¿Ser el nuevo Robin de Batman?

No sé, padre. Ella me dijo eso y yo quisiera saber cuál podría ser mi misión.

¿No tener más emisiones, por lo pronto! Vete, criatura, y déjame solo con Dios.

El chamaco salió del confesionario a la calle, que lo deslumbró con su luz y sus ruidos y sus multitudes. **U**



© Mark Riós